

¿Qué es esto?

A 40 años de 1983

Vera Carnovale*

Podría haber sido éste un año de festejo colectivo. Pero no lo fue.

No lo fue, al menos, para quienes hubiéramos querido conmemorar con gran despliegue los 40 años de un pacto democrático que, no obstante sus eventuales momentos de debilidad, gustábamos imaginar como aceptablemente consolidado.

El resultado de las elecciones primarias del 13 de agosto, en las que la fuerza política más votada fue aquella que promete arrasar con todo lo logrado en materia de derechos durante estos 40 años —mucho, poco, a estas alturas, qué más da—, frustró definitivamente cualquier festejo, cualquier conmemoración.

“Probablemente hayamos pasado el desierto de los 40 años para alcanzar la libertad”, arengó Javier Milei frente a sus devotos echando mano del relato bíblico para, en una doble connotación —y también en una paradójica inversión de la metáfora sarmientina— posicionarse como guía y salvador del pueblo y, a la vez, dejar en claro su propia valoración de estos 40 años de democracia.

Libre venta de armas, de órganos —y por qué no de niños— en nombre de la libertad; cierre del Banco Central y dolarización; mercantilización de los cuerpos y de las conciencias; marcha atrás con la legalización del aborto y denuncia procaz de “mujeres que les pinchan los preservativos a los hombres” con tal de hacer el gran negocio de quedar embarazadas a como dé lugar y entonces, claro, ley de renuncia anticipada de la paternidad [¿¿¿¿es serio????]; negación del cambio climático y afirmación del terraplanismo pero cierre del CONICET y punto final a la educación pública y gratuita; mascotas clonadas y otras que desde el más allá, *médium* mediante, aconsejan al candidato presidencial; un Papa diabólico y “comunista” [ponele] inadmisibles como interlocutor diplomático, al igual que los chinos, lógico, que son más comunistas todavía... [bueno, eso es cierto]; muñequitos “Javier Milei con motosierra” disponibles en Mercado Libre a tan sólo \$25.000 [se consiguen también por \$ 15.000 pero más berretas, ojo]. Y hay más: reivindicación de la “lucha antisubversiva” y un lenguaje y un tono para referirse a los opositores políticos y al pasado reciente que emulan con notable lealtad y renovada vehemencia las voces más bárbaras de la represión —y que si no vinieran de quien vienen pasarían por guiños de complicidad para con los fans de Capusotto—; banditas callejeras que amenazan y hostigan a docentes y alumnos de universidades públicas; y, como broche de oro, un cierre de campaña de escenas tan bizarras que parecen copias mal logradas de una película clase B. Todo esto —y más— a los gritos y acompañado, he allí quizás la mayor tragedia, por “las brutales risotadas y hemorragias de la pavada celestial de la avalancha”, si se me permite la cita.

¿Qué es esto?

Advierto que escribo estas líneas sólo en mi nombre. Y poco importa que lo haga días antes de la elección presidencial. *El daño está hecho*. Ya se ha desplegado en el espacio público y ya ha quedado allí habilitada la enunciación de un conjunto de palabras, imágenes y propuestas que bien podría evidenciar un inesperado *retroceso civilizatorio*.

“¿Cómo llegamos a esto?” debe ser una de las preguntas que más han circulado en las últimas semanas por un conmocionado y atónito campo progresista.

La crisis de las democracias liberales y el ascenso, aquí y allá, de las llamadas “nuevas derechas” son datos de contexto que no pueden estar ausentes de la respuesta; constituyen, por así decir, el telón de fondo epocal de este nuevo drama. Pero es evidente que las variadas tramas de responsabilidades que a sabiendas o no —responsabilidades al fin— alimentaron la emergencia de esta *Hidra vernácula* hundieron sus raíces en la política local de las últimas décadas.

* Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas..



Abundan los análisis que buscan explicar el voto a La Libertad Avanza y, en conjunto, señalan un amplio abanico de causas y motivaciones (se destacan, por supuesto, las frustraciones económicas y de expectativas de vida en general; los derechos adquiridos por muchos que son percibidos por quienes poco y casi nada tienen como "privilegios de casta"; un extendido y no tan vago hartazgo ante la corrupción y su necesaria red clientelar y, claro está, un también extendido y polifónico antikirchnerismo-antiperonismo que reconoce variadas matrices políticas, ideológicas y sensibles). No hace falta, entonces, aventurar aquí nuevas hipótesis. Pero sí quisiera llamar la atención sobre el *carácter reactivo* de buena parte de ese voto, en especial —y dado el *leitmotiv* de esta Instantánea, "A 40 años de 1983"— en lo que hace al universo de políticas, prácticas y discursos en torno a los derechos humanos y el pasado reciente, universo que supo ser pieza clave y por qué no fundamento del pacto democrático hace 40 años y que, entrelazado hoy con la conquista de no pocos derechos —principalmente de género—, parece haber quedado capturado por un *espíritu cancelatorio* siempre en pie de guerra.

Pero vayamos por partes.

Respecto del mencionado universo de políticas, prácticas y discursos en torno a los derechos humanos y el pasado reciente: son enormes y muy loables los logros de las últimas décadas en materia de Memoria, Verdad y Justicia; y en ello, sin duda alguna, el kirchnerismo jugó un rol fundamental. Baste mencionar, en un injusto y fugaz *racconto*, a) el impulso político que culminó con la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, lo cual se tradujo, a su vez, en el inicio de nuevos procesos judiciales por violaciones a los derechos humanos y la reapertura de aquellos que habían quedado trancos en los ochenta; y b) el enorme emprendimiento en materia de políticas públicas de memoria que se tradujo en la recuperación de sitios y de archivos, en la construcción de museos y espacios de memoria, en el diseño de programas educativos, en conmemoraciones públicas; etc., etc., etc.

Ahora bien, esos bienvenidos logros —insisto, sin dudas celebrables— no agotan el balance. Su contracara ha sido la cooptación de buena parte de los movimientos y organizaciones sociales, entre los que quisiera destacar a las de derechos humanos —cuyo valor político y fuerza simbólica radicaba, precisamente, en su autonomía (y ahora corren otras suertes)—; la extensión de una concepción, una retórica y una práctica política intolerante de la disidencia, amiga las más de las veces de discrecionales charreteras y tributaria de los aspectos menos reivindicables de la militancia setentista. Así las cosas, completa el cuadro la cristalización y puesta en escena en el *espacio público* de un relato claramente consagratorio de la militancia revolucionaria y celoso guardián de lo que puede ser dicho y lo que debe ser callado; un relato que refugiándose en la legitimidad indiscutible y las fibras sensibles de la causa que representa, ha preferido la iconografía sacralizada de esa militancia a las interpelaciones que sabe debiera afrontar para dar cuenta de la complejidad y las condiciones de posibilidad de la tragedia vivida.

No voy a adentrarme aquí en los jalones que componen ese relato; sí quisiera señalar, en cambio, algunos de sus silencios sacros y tabúes que, no tan paradójicamente y contrariando la cautelas y apuestas militantes, devinieron en caballito de batalla de la cruzada antikirchnerista liderada por el macrismo primero, y de las voces más rancias de la *Hidra* (la de Victoria Villarruel, por ejemplo), inmediatamente después.

Aquellos temas sacros y tabúes giran en torno a la cifra de las personas detenidas-desaparecida; a la responsabilidad del peronismo y del propio Perón en el desencadenamiento de la masacre; y a los "ajusticiamientos" o ejecuciones llevadas a cabo por las organizaciones revolucionarias armadas. "De eso no se habla", digamos. Y resulta bastante elocuente el hecho de que las investigaciones llevadas a cabo desde el campo historiográfico sobre estos temas no logran ser inscriptas o consideradas en aquel relato; porque sobre el *abordaje público* de estos temas se despliega, desde hace años, algo muy parecido al poder de veto. Las frases que más corrientemente aparecen son la de "hacerle el juego a la derecha"; "abonar a la teoría de los dos demonios"; "darle de comer al enemigo"; o que "no es éste el momento" [parece que nunca lo es: cuando avanzan los procesos de justicia porque ¿justo ahora que están avanzando los procesos de justicia?; cuando avanza el macrismo porque ¿justo ahora que está avanzando el macrismo?; cuando retorna el kirchnerismo porque ¿justo ahora que retorna el kirchnerismo?; etc.]. Y, si se desafía el poder de veto, sobrevienen las estigmatizaciones, los desaires y las cancelaciones, algunas sutiles, otras no tanto.

Es evidente que detrás del veto se esconde mal el *temor por los usos políticos* del tratamiento público de estas temáticas. Y, en efecto, desde hace varios años ya, se han intensificado los dispositivos, prácticas y *lobbies* tendientes a instalar discursos condenatorios de la militancia setentista en el espacio memorial —y también en el jurídico, aunque allí ya ha sido bloqueado.¹ En su voluntad de revertir la política pública en materia de Verdad y de Justicia, el macrismo jugó un rol fundamental en aquel

1 En efecto, desde la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y la ratificación de los convenios internacionales de imprescriptibilidad de los crímenes de lesa humanidad en 2003, se han registrado varios intentos por reabrir las causas judiciales vinculadas a los delitos de las organizaciones revolucionarias armadas. Estos intentos han fracasado, fundamentalmente, debido a su debilidad jurídica. A diferencia de los perpetrados por el estado, aquellos delitos han prescrito. Para un análisis sobre este tema y sus implicancias tanto en espacios memoriales como académicos, ver Vera Carnovale, "La violencia revolucionaria ante la Justicia: nuevos problemas y desafíos historiográficos", *PolHis*, año 13, n° 25, enero-junio 2020, pp. 331-358.

proceso y, más grave aún, habilitó en el espacio público la palabra de ofensa y desprestigio de los derechos humanos. Enorme puñalada en el corazón del pacto democrático.

Ahora bien, de tramitar esos conflictos reales y simbólicos se trata, en definitiva, la política; y los combates por la historia y la memoria no pueden ganarse nunca a fuerza de censura; *el silenciamiento y la cancelación no son del orden de la hegemonía*, como tampoco lo es el reflejo defensivo de atrincherarse detrás de la consigna. La sacralidad y el temor que impiden decir y los silencios que consecuentemente callamos dibujan vacíos semánticos; y hacia allí concurren las palabras y los sentidos de los otros.

Las temáticas silenciadas no son caprichosas ni imaginarias, remiten a experiencias colectivas reales y en vano es vetar su enunciación en el espacio público: ya se sabe, lo reprimido retorna y, muchas veces, de la peor manera [como la *Hidra* que regeneraba dos cabezas por cada una que le cercenaban]. Y retornó nomás, así, de la peor manera, apelando a un lenguaje y a una representación del pasado que replican sin edulcorantes los de la barbarie represiva. En sentido exactamente opuesto a lo esperado, los vacíos semánticos dejaron la palabra en boca de la *Hidra* de aliento venenoso.

Probablemente, buena parte del electorado de la fórmula Milei-Villarruel no comparta esa imagen del pasado reciente ni la reivindicación de "la lucha antisubversiva"; probablemente desconozca todo aquello o le resulte indiferente; o probablemente, también, haya acoplado allí, fogoneo mediático mediante, su abanico de malestares entre los que puede identificarse cierto hartazgo ante la cultura de la cancelación. Como sea, el fundamento humanista de la democracia que comenzó a abrirse paso en 1983, y el universo de derechos a ella asociados, estuvieron ausentes de su ecuación electiva.

Hoy, a 40 años de 1983, el pacto democrático que gustábamos imaginar como aceptablemente consolidado se refleja en la escena pública a través de un espejo roto.